

A propósito de Jorge Ruiz Dueñas

Las ballenas y el desierto

Jaime Labastida

Jorge Ruiz Dueñas es hombre de múltiples apetitos. Todos lo somos, sin duda, pues no existe, perdonen que me atreva a entrar en contradicción con Herbert Marcuse, hombre ninguno que posea una sola dimensión: somos, al mismo tiempo, padres e hijos, escritores y deportistas, ciudadanos y amantes del cine (o de la música).

Ruiz Dueñas es, lo diré de entrada, un poeta, un narrador, un ensayista. Por si lo anterior fuera poco, es también un funcionario probo, eficiente, capaz. Aparte de lo anterior, añadido que varios temas lo conmueven, hasta la entraña (acaso sea uno solo): las ballenas; Baja California (su desierto, su mar, sus hombres); la pasión amorosa, la cultura sensual del mundo árabe. Hay mucho más, desde luego, en el repertorio de las apetencias de Ruiz Dueñas. Pero no puedo ocuparme de todas. Me ceñiré, por lo mismo, a unas cuantas.

A las ballenas ha dedicado, lo saben bien, reflexiones constantes que, de una manera u otra, reaparecen en varios de sus textos. Ha escrito un libro, profusa y bellamente ilustrado, en el que rastrea la historia del cetáceo en la imaginación humana. Lo llamó *Tiempo de ballenas*. En él no sólo trata la historia científica, sino la historia mítica del cetáceo. ¿Qué simboliza la ballena? ¿Por qué causas atrae este animal, el mayor que ha existido jamás en el planeta, con tanta fuerza, a los seres humanos? ¿Su desmesura? Es posible. Sin embargo, no creo que sea sólo por esto.

Por el lugar en el que habitan, Plinio colocó a las ballenas entre los animales acuáticos, a pesar de que poca relación guardan con los peces. Mamífero, con crías vivíparas, ninguno de esos aspectos conocían los hombres que vieron en ellas seres fabulosos capaces de albergar en su vientre a naves y a personas (a Jonás, pongo por caso, a lo largo de tres días). Hay algo, mucho más pro-

fundo, en el cetáceo, que fascina. ¿La fuerza bruta de la naturaleza? Tal vez. Quiero pensar que Ruiz Dueñas fue atraído por las ballenas de igual modo que el santo que lleva su nombre tiene por misión la de batir dragones.

Jorge es la forma española de aquel nombre griego, ustedes lo saben bien, en cuyas raíces se revela, con claridad, todo su sentido: *tierra* y *trabajo*: el agricultor que destruye el rasgo virginal del campo, antes indómito; el hombre que vence y domestica al monstruo que el dragón simboliza, la tierra agreste.

¿Algo de este mito subsiste en la visión mítica de las ballenas? Las ballenas, ¿representan, en la mentalidad mítica del hombre, una fuerza natural que debe ser domesticada, vencida, comprendida? Jorge, el santo, vence al dragón con una lanza que simboliza al arado pero también y, al propio tiempo, al falo que preña la tierra. A su vez, las ballenas son cazadas con un instrumento que las penetra, el arpón. ¿Hay alguna semejanza, así sea remota, en estos símbolos? Tal vez. Dejo el asunto como una interrogante para las inquisiciones de Jorge Ruiz Dueñas.

Sin que puedan desdeñarse otros poemas (*Guerrero Negro*, *Las restricciones del cuerpo*), en la poesía de Ruiz Dueñas destacaría, por encima de los restantes, dos poemas de dimensión mayor. Cuando digo *dimensión mayor* no me refiero sólo al tamaño de estos poemas: intento condensar, en ese sintagma, una sola idea. Creo que se trata de dos poemas densos, totales, ambiciosos. Hablo, desde luego, de *El desierto jubiloso* y de *Habitaré tu nombre*: los dos poemas son capaces de dar gloria y satisfacción a todo poeta posible: harían la dicha de cualquier poeta.

La poesía de Ruiz Dueñas sigue dos vetas. Por un lado, una veta de rasgos, al parecer, objetivos. El desierto, que a la mayor parte de las personas se le presenta

como un espacio amenazante, a Jorge Ruiz Dueñas, en cambio, se le aparece como lo opuesto, con un carácter *jubiloso*. En el desierto percibe los cambios más sutiles, los más inesperados. Actúa como testigo de estos cambios imperceptibles: sigue su rastro a lo largo del año. Ya los primeros versos lo indican:

*¡Cómo avanzan las arenas nómadas
viento de sílice
frente al sol doliente de enero!*

Luego, *llega la estación natal que despide a las ballenas*. Avanzan los meses, aparece el *hirviente mediodía* / *justo cuando hace su escandaloso arribo junio*.

Después avanza el tiempo, hasta el solsticio de invierno y la rueda de los meses se alterna con la rueda de los días:

*las especies reprimidas
hunden sus garras vegetales...*

Se olvida la escarcha y las *lavandas mínimas* / *volverán con el sereno de la madrugada*.

La noche es sustituida por el tórrido mediodía, los huizaches tienen vainas migratorias, surgen las marañas de los cactus, aparecen las serpientes de cascabel, todo el desierto se estremece y huele a *pólvora, azufre, magnesio*. Los *gambusinos* buscan, en la *noche salvaje y perfecta, la luz*, que se *agazapa en la aridez*, porque, finalmente, el desierto es *jubiloso*.

El desierto que atrae a Ruiz Dueñas es, por lo mismo, el desierto semiárido del norte de nuestra república, ese desierto que se extiende por Sonora y Coahuila, por Sinaloa y Baja California. Es el desierto en que se destacan rasgos de vida, no el desierto de Atacama o del Sahara, donde no se dan otros cambios visibles que los producidos por la acción de los vientos o los sacudimientos telúricos. Este *desierto jubiloso* de Ruiz Dueñas, por el contrario, está lleno de vida, de actividad constante, porque en él se produce, acaso, el *matrimonio del cielo y el infierno*.

Pero hay otra veta en la poesía de Ruiz Dueñas, tan densa como la anterior. Es la poesía amorosa. Allí sobresale un largo y denso poema, *Habitaré tu nombre*. El libro está dividido en cuatro cantos: una introducción (en la que el poeta traza la *bitácora* del poema, esto que mantiene la brújula de lo que habrá de escribir); un segundo canto recibe el nombre de *delirios*: la parte central del poema; un tercero, suerte de descanso, *tajamar*, es la zanja o el dique que disminuye el impacto de las mareas. Por último, el cuarto, es una especie de coda, *habitaré tu nombre*.

A pesar de que el poema está dividido en esos cuatro cantos, creo que puede ser considerado como un solo y

vasto poema de amor. El poema oscila entre dos sentimientos encontrados, pero unidos con firmeza: la exaltación erótica, el placer de los sentidos, el *delirio* que hace presa del sujeto lírico, por un lado y, por el otro, la llaga intensa de la culpa. Los doce poemas que integran el segundo canto son un lujo de sensualidad, una profunda exaltación de los sentidos. El erotismo está allí a flor de piel y el lenguaje que lo impregna es, por esa razón, barroco y abundante.

Ruiz Dueñas sabe que el amor enloquece al que lo toca con su dedo de luz:

*desvíos o desvaríos
caminar de ciego sorprendido
escudriñar en la palabra
perder el juicio
preguntarse qué es el juicio*

Así, pues, por la fiebre, por la locura, por la ausencia de razón (o de juicio),

*En el lecho la ceniza se esparce
y en el aire
algo de nosotros queda / flotante / macilento
como polen
como luz*

Después de esa brutal exaltación de los sentidos viene la calma, la reflexión tranquila, el arrepentimiento que provoca este exceso de dicha: hay un dique, un corte que ha de impedir otra crecida, angustiada, de la marea erótica: *tajamar*.

Y después de *tajamar*, la *ruina y el silencio*. Allí, el sujeto lírico advierte que hay una *última hoja*

*caída como ángel en desgracia:
habitaré tu nombre [...]
convicto ya por mi entusiasmo
bajo el signo del perdón*

Advierto semejanzas entre *Habitaré tu nombre* y *Responso del peregrino*, de Alí Chumacero: en ambos, la misma oscilación entre el gozo y el sentimiento de la culpa, esa sensación extraña (una mera sensación, no una idea racional) de que no se tiene cabal derecho a la felicidad, el sentimiento que atormenta al sujeto lírico, preso entre el deseo (irracional) y la serenidad (fruto de la razón). Esta tempestad, esta vorágine de sentimientos fuertes, plenos de contraste, es lo que otorga toda su grandeza al poema de Jorge Ruiz Dueñas.

Te felicito, querido Jorge, por tus 70 años de vida. Los celebro y me contagio de entusiasmo por ellos y por tu obra. **U**